

su efectivo. Quizás el partido de Blois hubiera podido resistir todavía; pero Juana de Penthièvre, intratable hasta entonces, cedió por fin. Viuda y como condenada por Dios, dejó hacer á los embajadores de Carlos V, el arzobispo de Reims y el mariscal Boucicaut. Se firmó un tratado en Guérande el 12 de abril de 1365; Juan de Montfort es proclamado duque de Bretaña bajo el dominio feudal del rey de Francia; pero si no tiene heredero legítimo en línea directa, su herencia volverá á los hijos de Blois; Juana de Penthièvre conserva el condado de Penthièvre y el vizcondado de Limoges; los casamientos unirán á las dos familias enemigas. Los Montfort, por consiguiente, triunfaban después de veintitrés años de lucha. Aliados por largo tiempo del rey de Inglaterra, les costará mucho trabajo ser buenos y fieles vasallos del rey de Francia. Sin embargo, valía más la paz que una guerra que amenazaba indefinidamente todo el Oeste del reino. En diciembre de 1366, Montfort fué á prestar el simple homenaje como duque de Bretaña en el palacio San Pablo; se había negado á prestar el homenaje de vasallo.

III.—Expulsión de las compañías (1)

Después de hecha la paz con el rey de Navarra y el duque de Bretaña, las compañías seguían siendo numerosas en Normandía, en el Maine, en Beauce, á orillas del Loira, en Auvernia, en todas partes donde la causa de Navarra había encontrado partidarios. Desde Bretaña los hombres de armas eran arrojados hacia Francia. Los *routiers* afuían nuevamente en Langüedoc y en Borgoña.

Era imposible aniquilar las compañías ó expulsarlas por la violencia. Del mismo modo que había ocurrido á fines del reinado precedente, fué preciso negociar con ellas. El rey y el papa Urbano querían enviarlas á Hungría, en socorro del rey de aquel país, que hacía la guerra á los turcos; estos «detestables manojos de iniquidades» estarían así empleados al servicio de la cristiandad, y Francia se vería libre de los bandidos. Se pensaba que Du Guesclin podría mandar esta gran expedición. El emperador Carlos IV, que fué á Aviñón á fines de mayo de 1365, prometió su concurso, y Arnoul de Audrehem marchó á entenderse con el rey de Hungría; pero la organización de esta cruzada fué muy laboriosa. Du Guesclin no había aún satisfecho el rescate que debía á Chandos desde la jornada de Aurai. Las compañías encontraban el viaje de Hungría muy aventurado y muy espantoso.

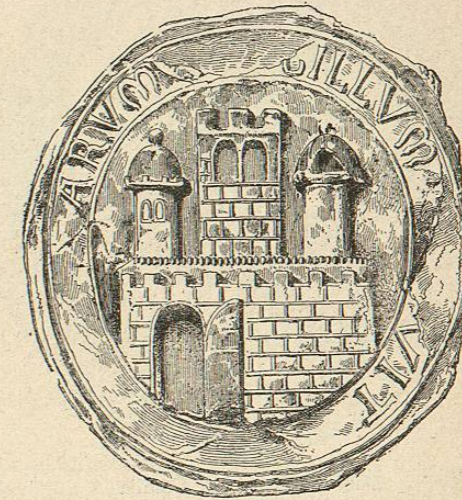
Du Guesclin fué reemplazado por el arcipreste Arnaldo de Cervole, que conocía perfectamente á las compañías por haber llevado la misma vida y que les inspiraba confianza. Dió cita á los *routiers* en tierras del imperio, en Lorena. Esos extraños cruzados pasaron

(1) OBRAS DE CONSULTA. — D. Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, nueva edición, IX, 1885. Guigue, *Les Tard-Venus dans le Lyonnais*, 1886. Finot, *Recherches sur les incursions des Anglais et des Compagnies en Bourgogne*, 1874. Rouquette, *Le Rouergue sous les Anglais*, 1887. Labroue, *Le livre de vie*, 1891. Merimée, *Histoire de Don Pedro I, roi de Castille*, 1865. Schirmacher, *Geschichte Spaniens*, V, 1890. D. Catalina García, *Castilla y León durante los reinados de D. Pedro I, Enrique II, Juan I y Enrique III*, I, 1892. Daumet, *Etude sur l'alliance de la France et de la Castille aux XVI^e et XV^e siècles*, 1898.

junto á Metz y después se presentaron en Estrasburgo. A pesar de las promesas imperiales, los estraburgueses les impidieron la entrada en la ciudad y el paso del puente del Rhin. Basilea hizo lo mismo. El emperador, obligado por sus súbditos que temían la llegada de las bandas, compareció con un ejército para cerrarles el camino. Desde los últimos días de julio de 1365 los *routiers* volvieron atrás y entraron otra vez en Francia.

Se buscó otro expediente. Du Guesclin, rescatado gracias al rey que había pagado á Chandos 40.000 florines en oro, se comprometió, en 22 de agosto de 1365, á llevar las compañías á España.

En Castilla, el joven rey don Pedro, á quien unos



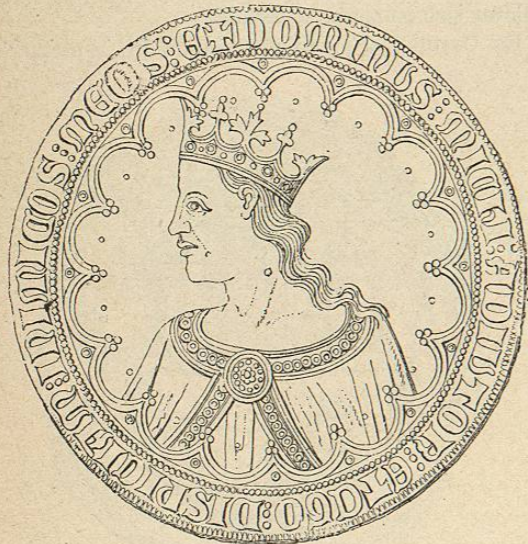
Sello de la villa de Limoges

han apellidado *el Cruel* y otros *el Justiciero*, gobernaba duramente, dominado por los intrigantes, traicionado por aquellos en quienes ponía su confianza, y, por lo tanto, arrastrado al recelo y á la crueldad. Había abandonado el mismo día de su casamiento á su legítima esposa Blanca de Borbón, cuñada de Carlos V, criatura «sin pecado y sin mancha,» para irse con su antigua barragana la Padilla. Hasta había hecho anular su casamiento con Blanca y contraído un nuevo matrimonio; los legados pontificios le habían excomulgado y el reino había sido puesto en entredicho (2). Su padre, el rey Alfonso XI, había dejado, por otra parte, de Leonor de Guzmán, una línea de bastardos, que se aprovecharon del descontento general para sublevarse. El mayor, D. Enrique de Trastámara, reclamaba también la corona de Castilla. D. Pedro sufrió las mayores vicisitudes: cayó en poder de los sublevados, después recobró su libertad. Exasperado, se deshizo de los que le habían hecho traición: D. Juan de Alburquerque, su favorito, y el judío Samuel Leví, á quien había confiado su hacienda, desaparecieron bruscamente. En el transcurso de 1361 la infortunada Blanca de Borbón, más miserable que una esclava, murió también en el castillo de Jerez, y hasta Francia llegó el rumor de un crimen.

El rey de Francia tenía que vengar la muerte sospechosa de la reina Blanca. Por otra parte, hacía algunos años que el rey de Castilla estaba en guerra con el rey

(2) Daumet, *Etudes sur les relations d'Innocent VI avec don Pedro I, roi de Castille*, «Mélanges d'archéologie et d'histoire de l'Ecole de Rome,» XVII, 1897.

de Aragón. D. Enrique de Trastámara, refugiado unas veces en Aragón y otras veces en el Langüedoc, sirvió de lazo de unión entre todos los enemigos del rey de Castilla. Una doble coalición se organizó: D. Pedro de Castilla se había aliado con Carlos *el Malo*; estaba seguro de la benevolencia del rey de Inglaterra; tenía en su favor á todos los enemigos del rey de Francia. Por su parte, D. Enrique podía contar con el rey de Aragón, y desde el 9 de marzo de 1365 un tratado aseguraba á estos dos príncipes la alianza de Carlos V y el auxilio de un ejército reclutado en Francia. Las grandes luchas



Dobla de Pedro I de Castilla

que la paz de Calais había suspendido en Francia iban, según todas las apariencias, á recomenzar en España.

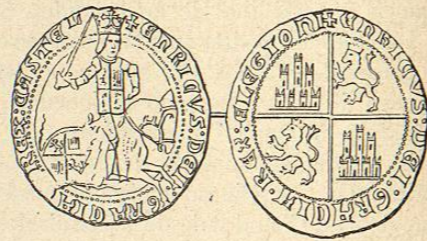
El ejército prometido por Carlos V debía estar formado por las compañías; pero no fué cosa fácil hacerlas partir. Era preciso pagar á los *routiers* las cantidades que se les habían prometido; la primera entrega de las mismas se hizo en Troyes. Du Guesclin se había puesto en camino para recoger y conducir las compañías. En octubre de 1365 estaba en Borgoña. Dejaba algunas bandas detrás de él; pero las más numerosas le seguían. Tardaron un mes en llegar á Villeneuve de Aviñón. Desde allí las bandas pidieron á Urbano V dinero y la absolución de los anatemas pontificios. El papa estuvo negociando por espacio de cuatro días, y salió bastante librado del apuro; facilitó á Du Guesclin grandes cantidades, sacadas en parte de sus mismas cajas, pero recaudadas en su gran mayoría de los habitantes del condado Venaissin y del clero de varias provincias. No obstante haber recibido este subsidio, Du Guesclin tuvo que pedir prestados diez mil francos á los burgueses de Montpellier para satisfacer las exigencias de sus *routiers*. Finalmente, á últimos de 1365, pasó los Pirineos.

Gracias á este fuerte ejército de treinta mil combatientes, hombres de todos los países, franceses, ingleses, alemanes, gascones, en dos meses se conquistó el reino de Castilla. D. Pedro huyó á Galicia, que le permanecía fiel. D. Enrique, en 5 de abril de 1366, fué coronado rey de Castilla en la catedral de Burgos. Pagó á sus aliados con donativos de tierras: Du Guesclin recibió el ducado de Trastámara.

La expedición, para bien de Francia, había durado demasiado poco. Se esperaba que las compañías irían á pelear contra los moros; pero volvieron á pasar los Pirineos. Du Guesclin y Hugo de Calverly se quedaron en España con sólo mil quinientas lanzas. Además en Francia habían quedado muchas bandas, principalmente en Borgoña. Arnaldo de Cervole había intentado llevarlas á España, y después á Oriente en auxilio del emperador Juan Paleólogo; pero fué muerto el 25 de mayo de 1365 en Bresse, en una disputa con un hombre de armas. Hacia mediados de agosto las compañías, á su regreso de España, afluyen al valle del Garona, no lejos de Tolosa. Los senescales de Tolosa, de Carcasona y de Beaucaire les atacan imprudentemente bajo los muros de Montaubán y son derrotados.

Sin embargo, Don Pedro no se resignaba. Vencido y echado por los franceses, fué á Burdeos á pedir auxilio al príncipe de Gales. Hacía halagadoras promesas, ponderaba sus riquezas, sus joyas maravillosas, como, por ejemplo, aquel diamante «que era de tan gran virtud que iluminaba á media noche tanto como el sol á mediodía.» A decir verdad, no tenía en su poder más que algunos miles de ochavos. El príncipe de Gales, después de haber consultado á su padre, adelantó el resto del dinero necesario para una expedición á España é hizo sus preparativos. Para llegar hasta Castilla había que atravesar la Navarra. El rey de Navarra, Carlos *el Malo*, no perdía ninguna ocasión de asociarse con los enemigos del rey de Francia. En Liorna, el 23 de septiembre, el príncipe de Gales, Don Pedro y el rey de Navarra se pusieron de acuerdo; se convino que el príncipe de Gales llevaría un ejército y recibiría Vizcaya con 550.000 florines, y que el rey de Navarra dejaría el paso libre, sería puesto en posesión de Guipúzcoa y de la provincia de Logroño y sería gratificado con 200.000 florines.

El ejército inglés estuvo pronto reunido. Los gascones siempre estaban dispuestos. Los capitanes ingleses que volvían de España ó que se habían quedado allí,



Moneda de Enrique II de Castilla

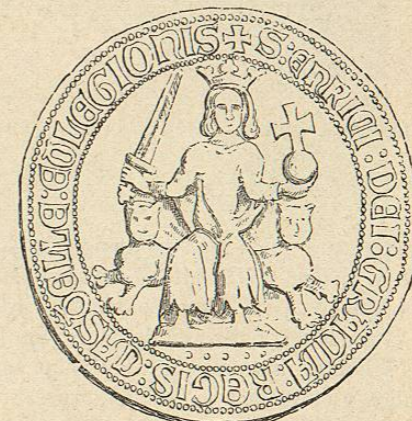
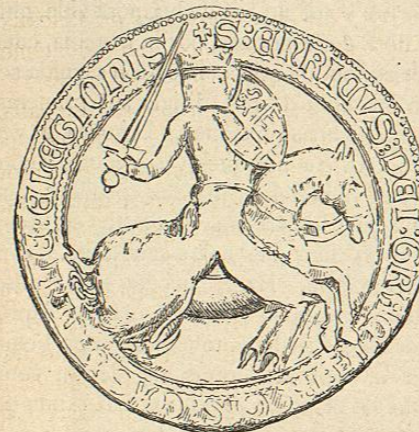
acudieron, y llegaron otros del Langüedoc. A mediados de febrero de 1367, el príncipe, con un ejército de doce mil hombres, pasaba por Roncesvalles.

Carlos *el Malo*, para no comprometerse, se hizo hacer prisionero por un primo de Du Guesclin, Olivier de Mauni, mientras que los ingleses atravesaban la Navarra. En Castilla, entre Nájera y Navarrete, á pesar de los prudentes consejos del mariscal de Audrehem, se empeñó una batalla el sábado 3 de abril de 1367. 1367 Don Enrique había tenido demasiada confianza en el número de sus soldados: la desbandada de los españoles hizo inútil la resistencia encarnizada de Du Guesclin. Enrique escapó; pero Du Guesclin cayó pri-

sionero de los ingleses. Don Pedro volvió á ser en seguida el amo de su reino.

El príncipe de Gales se quedó en Castilla todo el verano de 1367, esperando que Don Pedro le pagase; pero su aliado no le dió nada. Se declaró la disentería en el ejército inglés; el mismo príncipe estuvo enfermo; se hinchó desmesuradamente y se creyó que estaba envenenado. Don Enrique había ido á reunirse con el duque de Anjou en Montpellier y hacia la guerra en Aquitania contra los ingleses con algunas bandas que había

y se reúne con Don Enrique en el sitio de Toledo. En Montiel, el 14 de marzo de 1369, sorprenden el ejército que Don Pedro había reclutado en sus tres cuartas partes entre los moriscos, y lo derrotan completamente. Pedro, encerrado en Montiel, es hecho prisionero y conducido á la tienda de Iván Lakaouët, donde va á verle Don Enrique; después de un cambio de injurias, los dos hermanos empiezan una lucha á brazo partido. Don Pedro derriba á su adversario y le sujeta debajo de él; pero el vizconde de Rocaberti, caballero



Sellos de Enrique II de Castilla

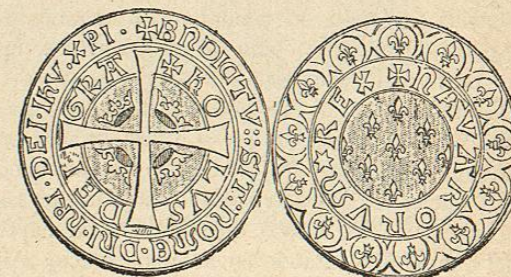
tomado á su servicio. Estos acontecimientos decidieron al príncipe de Gales á reparar los Pirineos.

Du Guesclin, su prisionero, le seguía. A fines de diciembre de 1367 se trató de su rescate. Un día, según la romántica relación de la *Crónica en prosa de Bertrán Du Guesclin*, Bertrán, «vestido con un traje de griseta,» fué á encontrar al príncipe, quien le dijo riendo: «Adelante, Bertrán, ¿qué tal os va?—Señor, cuando queráis, me irá mejor. Estoy todo ahumado, y he oído mucho tiempo las ratas y los ratones, pero no el canto de los pájaros. Los oíré cuando os plazca.» El príncipe le rogó que fijara él mismo su rescate. Bertrán contestó con altivez que no debía «tasarse muy bajo» y propuso para su liberación 100.000 florines. Y cuando el príncipe le oyó, se le mudó el color y empezó á mirar á todos sus caballeros, diciendo: «¿Pues no se burla de mí al ofrecerme tal suma? Yo le pasaría por la cuarta parte.» Bertrán consintió en rebajar á 60.000 florines. «Señor príncipe, dijo al terminar, Enrique puede alabarse de que morirá rey de España cueste lo que cueste, y me prestará la mitad de mi rescate y el rey de Francia la otra mitad, y si no pudiese ir ó enviar hacia esos dos, lo ganarían hilando todas las hiladeras de Francia.» Y en efecto, el rey de Francia y el duque de Anjou le ayudaron á rescatarse.

Don Enrique había vuelto á entrar en España en septiembre de 1367, con tres mil jinetes y seis mil infantes. Poco después, se anunciaban grandes acontecimientos del lado de Francia. Se aguardaba una ruptura con Inglaterra y se preparaban para ella. En previsión de la misma, Carlos V firma, en 20 de noviembre de 1368, un nuevo tratado de alianza con Don Enrique. En el mes de diciembre de 1368, Du Guesclin lleva á Castilla, á marchas forzadas, á dos mil aventureros mercenarios alistados en Langüedoc y en Provenza,

aragonés, libra á Don Enrique, que mata á su hermano de un golpe de daga. El rey de Francia podrá contar en adelante con la alianza del rey de Castilla.

En aquella fecha, las compañías estaban diezmadadas por la guerra y la enfermedad, y como gastadas por la vida errante que se veían obligadas á llevar. Algunas de ellas habían quedado dispersas en Borgoña, en Langüedoc y hasta en Normandía. Otras volvían de España, donde habían sido mal pagadas por Don Pedro, y recorrían apresuradamente la Auvernia, el Berri, el Gatinais, la Champaña, el Anjou y la Turena, muy á menudo sin



Moneda de Carlos el Malo de Navarra

pan y sin zapatos. La gente había aprendido á defenderse contra ellas. En el Langüedoc todas las villas están bien fortificadas. Al principio de 1365, los habitantes de Albi y los campesinos de las aldeas vecinas, armados, atacan á los *routiers* y los derrotan; dos de entre ellos son quemados delante de los muros de la villa. Algunos capitanes, comprendiendo que han llegado los malos días, se alquilan á los precios modestos para la guarda del campo. En Borgoña, donde ejerce su autoridad el baile de Dijón, Hugo Aubriot, se organiza una severa justicia. Guyot de Pin, Troussevache, gentiles-hombres y *routiers* á centenares son cogidos y conde-

nados «por sus deméritos, unos á ser ahorcados, otros á ser arrastrados y colgados, otros á ser ahogados, y los otros á ser decapitados.» Juan de Venette explica la alegría de los habitantes del reino á la vista de todas estas ejecuciones, y nos presenta á los *routiers* expulsados de todos los sitios y obligados á vender á vil precio los objetos que habían robado. «¡Que Dios sea bendecido en todas partes! ¡Amén!» exclama en la última página de su crónica. Pero el país no estaba aún enteramente libre de las fechorías de las gentes de guerra.

CAPITULO II

CARLOS V (1)

I. El rey. — II. Las teorías políticas. — III. Los colaboradores.

I.—El rey (2)

Carlos V tenía la cara «bien ovalada, un poco larga;» la frente grande y ancha, una frente de hombre estudioso; los ojos pequeños, pero «bien sentados,» castaños y «fijos en el mirar;» la nariz grande, larga y sinuosa; los pómulos salientes; la boca «no muy pequeña;» los labios delgados y apretados; la barbilla gruesa, rodeada de una barba ni rubia ni negra. Una palidez «moreno-clara» daba á su semblante un aspecto delicado.

«Estando en flor de juventud,» había tenido una grave y larga enfermedad; corrió el rumor de que había sido envenenado por el rey de Navarra. «Toda su vida fué muy pálido y muy flaco, y su complexión muy peligrosa de fiebre y de enfriamiento de estómago, y con esto le quedó de su dicha enfermedad la mano derecha tan hinchada, que una cosa de peso no la podía manejar.» Sufría además de neuralgias muy dolorosas.

No había nacido este rey para los bellos ensayos de armas cuya relación encantaba la imaginación de Froissart. Cristina de Pisán, que escribió un *Libro de Caballería* según Frontino y Vegetio, se esfuerza en demostrar que Carlos V fué «verdaderamente caballero;» en su sencilla erudición, que amontona razonamientos y citas, habla de su héroe como de un griego ó de un romano. La verdad—ella misma también lo confiesa—es que Carlos no tenía ni el vigor ni el temperamento de Felipe VI ó de Juan el Bueno. Le gustaba vivir en una tranquilidad serena y majestuosa. Se complacía en los largos oficios, en los paseos poco fatigosos, en las doctas conversaciones. Pasaba, dice Cristina, «la mayor parte del tiempo descansando en su rico palacio. Alguna vez ocurría, y con bastante frecuencia en tiempo

(1) FUENTES.—*Grandes Chroniques de Saint-Denis* (Chronique de Pierre d'Orgemont), edición París, VI, 1838. Christine de Pisan, *Le Livre des fais et bonnes meurs du sage roy Charles V*, colección Michaud y Poujoulat, II, 1836. *Ordonnances des rois de France*, IV, V y VI, 1734-1741. Delisle, *Mandements et actes divers de Charles V*, 1874. Labarte, *Inventaire du mobilier de Charles V*, 1879.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Leclerc y Renán, *Discours sur l'état des Lettres et des Beaux-Arts au XIV^e siècle* (Histoire Littéraire de la France, XXIV), segunda edición, 1865. Delisle, *Le Cabinet des Manuscrits de la Bibliothèque nationale*, I, 1868. Luce, *La France pendant la guerre de Cent Ans*, 1890-1893. E. Petit, *Les séjours de Charles V*, «Bulletin historique,» 1888. C. Benoist, *La politique du roi Charles V*, 1886.

de verano, que el rey iba á holgarse en sus quintas y castillos fuera de París;» pero esto era á pocas leguas de las murallas, en Vincennes, en Saint-Ouen, en Saint-Germain-en-Laye, en Melún, en Montargis. Sus más largos viajes fueron los que hizo á Normandía. En diez y seis años de reinado, no pasó de Ruán y de Tancarville al Oeste, de la Fère al Norte, de Reims y Auxerre, al Este y de Orleáns al Sur. «Por esta manera, dice Felipe de Mezières, que fué su amigo (3), obtuvo de Dios varias hermosas victorias sobre los enemigos, estando él sentado en su silla.»

Carlos V fué un rey de hermosa vida, muy ordenada. «La hora de levantarse, por la mañana, cuenta Cristina de Pisán, era de seis á siete.» En seguida se persignaba y, «como muy devoto, dirigía sus primeras palabras á Dios en algunas oraciones.» Después, al vestirse, sostenía con sus chambelanes y servidores «conversaciones alegres y honestas.» Una vez «peinado, vestido y arreglado según los días,» se le llevaba su breviario y decía con su capellán «sus horas canónicas, según la costumbre del tiempo.» Hacia las ocho «iba á misa, la cual se celebraba gloriosamente cada día con canto melodioso y solemne.» Pasaba entonces un largo tiempo «retirado en su oratorio,» mientras «se decían continuamente, delante de él, misas rezadas.» A la salida de su capilla recibía «á toda clase de gente, ricos y pobres, damas ó señoritas, mujeres viudas ú otras,» que iban á presentarle instancias, y les escuchaba con benevolencia.

En los días señalados para las sesiones se dirigía á su Consejo, que presidía con mucha solemnidad. Después, á cosa de las diez, se sentaba á la mesa. Su comida no era nada larga y no se cargaba mucho con diversos manjares. Vino claro y sano, sin gran aroma, bebía mezclado con agua y no en abundancia, ni de varias clases. Al fin de la comida «oía de buena gana instrumentos graves, para alegrar el espíritu, tan dulcemente tañidos como puede exigir el arte de la música.» A la comida sucedían las recepciones: «En ellas se encontraban á menudo varias clases de embajadores de extraños países y señoras, diversos príncipes extranjeros, caballeros de distintas comarcas, de los cuales había á veces tanto número, que en sus cámaras y salas grandes y magníficas apenas se podían mover. En dichas recepciones se le comunicaban noticias de todos los países ó aventuras y hechos de sus guerras ó de otras batallas.» Se hacía querer de todos por su gran cortesía. En el curso de las recepciones, salvo en los casos reservados al Consejo, «distribuía gracias, firmaba cartas de su puño, hacía donativos razonables, confería oficios vacantes á legítimas peticiones.» Dos horas pasaban así, transcurridas las cuales iba á descansar durante una hora.

«Después de su siesta,» á manera de higiene, «destinaba un espacio de tiempo á sus familiares más íntimos, conversando con ellos de cosas agradables, visitando joyas y otras riquezas.» Cuando había asistido á visperas, «si era en verano, algunas veces entraba en sus jardines, á los cuales algunas veces iba la reina á encontrarle, ó le llevaban sus hijos. Allí hablaba á las mujeres y les preguntaba por la salud de sus pequeños. Algunas veces le presentaban allí dones extraños de diversos países, artillería ú otros arneses de guerra, ó iban los

(3) Sobre Felipe de Mezières, véase pág. 482.

mercaderes á ofrecerle terciopelos, tisús de oro y toda otra suerte de bellas cosas extranjeras.» En invierno «se ocupaba á menudo en leer bellas historias de la Sagrada Escritura ó de los hechos de los romanos, ó reflexiones morales de los filósofos y otras ciencias, hasta la

conservar y dar ejemplo á sus futuros sucesores, de que por medio de un orden solemne se debe mantener y llevar el muy digno grado de la alta corona de Francia.»

Carlos V hablaba muy bien, «sin ninguna superfluidad de palabra.» Tenía todas las virtudes de un sabio:



Carlos V á la edad de treinta y cinco años.
(Hoja-dedicatoria de la Biblia pintada en 1371 por Juan de Bruges para este rey.)

hora de la muy ligera cena que tomaba muy temprano. Terminada ésta, conversaba algún tiempo con los barones y caballeros, y después se retiraba y se acostaba.»

Esta vida real era guiada por una inteligencia apasionada de orden y de dignidad. Tenía, dice Cristina, «en todos sus actos la noble virtud de orden y de conveniente mesura. En todas sus idas y venidas se observaban este orden y moderación, pues no dejó nunca de despachar sus negocios cotidianos como en París.» Y si vivía con esta regularidad majestuosa, no era «tanto por el gusto de su complacencia, cuanto para guardar,

prudencia, justicia, benignidad y clemencia, mansedumbre, humildad, prudente largueza, sobriedad, castidad. Y estos elogios de Cristina de Pisán, todos los testimonios los confirman. El «Viejo Peregrino,» Felipe de Mezières, se complace en recordar las largas conversaciones que tuvo con el rey cabalgando de París á Melún, ó por los hermosos caminos que conducían á las residencias reales; y él, que tanto había corrido el mundo y visto y pensado tanto, se guardaba bien de hablar, «sino que escuchaba, y no sin lágrimas de afecto, la sabiduría y prudencia del sabio Salomón.»